



LUDWIG  
ERHARDT

HACIA UNA  
ECONOMÍA POLÍTICA HUMANISTA

C U A D E R N O S

EMPRESA Y HUMANISMO

I N S T I T U T O

38



---

## INDICE

### PRESENTACION

1. EL ORDEN POLITICO-ECONOMICO  
COMO GARANTIA DE LA LIBERTAD E  
INICIATIVA EMPRESARIAL

2. UNA POLITICA ECONOMICA  
ORIENTADA A LA "INTEGRACION  
INTERNA" DE LA SOCIEDAD  
NOTA BIOGRAFICA

## PRESENTACION

Presentamos aquí dos textos de Erhard. El primero corresponde a un artículo escrito para contribuir en la publicación en homenaje (*Festschrift*) al gran economista y sociólogo Ludwig von Mises, con ocasión de su 90 aniversario, en 1971. El segundo corresponde a un discurso pronunciado en el IX. Congreso Federal de la C.D.U., en Karlsruhe, el 28 de abril de 1960. La traducción que aquí presentamos ha sido posible gracias a la estrecha colaboración entre el Seminario Permanente "Empresa y Humanismo" y la Fundación Ludwig Erhard. Esta última nos ha ofrecido generosamente toda clase de facilidades para llevar a cabo el proyecto conjunto de una edición castellana de textos de Erhard, de la que esto es sólo una pequeña muestra, y que pronto será una realidad. Aprovechamos, pues, la ocasión para mostrar nuestro agradecimiento a la Fundación Ludwig Erhard, especialmente a su Director Gerente, el Dr. Wünsche. Hemos utilizado como fuente la edición reciente de Karl Hohmann, titulada *Gedanken aus fünf Jahrzehnten, Reden und Schriften*, ECON Verlag, Düsseldorf. Viena, Nueva York, 1988. Esta edición ofrece los textos íntegros y en su versión original, cuya traducción ofrecemos, con los mínimos

recortes introducidas por el Dr. Wünsche en orden a su orientación a un público no alemán.

El interés actual de los discursos y escritos de Erhard se debe a muchos motivos. En primer lugar, porque se caracterizó siempre por una visión proyectiva y de futuro, que le ganó algunas veces el calificativo de "visionario", y que es lo que hace que estos escritos de los años 60 y 70 sean tan actuales. Su pensamiento se dirigió por a problemas y situaciones de hoy. La figura de Erhard es recordada en estos días con frecuencia en la prensa y en los medios alemanes; porque resultan sorprendentes, por ejemplo, los anuncios y recomendaciones que hizo por adelantado acerca de la reunificación alemana, o el empeño incansable con que impulsó los primeros pasos de la Comunidad Económica Europea, ya desde pocos años después de la II Guerra Mundial. Por otra parte, teniendo en cuenta el desfase del desarrollo económico español respecto del alemán, cabría decir que si estos escritos de Erhard se consideran de gran actualidad en Alemania, con mayor razón pueden serlo también en nuestro país, incluso aunque sólo sea por la novedad que tienen para el público español.

Pero la actualidad de Erhard, lo que hace que sus ideas puedan servir hoy de inspiración y puedan ser útiles más allá de las fronteras

alemanas, no es sólo su visión de futuro, sino también, y sobre todo, los principios teórico-prácticos y la coherencia concepcional que le caracterizaron. Es cierto que Erhard se sintió siempre vinculado a toda una serie de economistas de su misma generación, que coincidían con él en intentar aprender las lecciones históricas de las sociedades industrializadas; y que promovieron, en los años de la postguerra, de uno u otro modo un nuevo espíritu de libertad económica, de apertura comercial internacional, y de búsqueda de un equilibrio en la interdependencia de los órdenes sociales. Hubo un resurgir del impulso liberal tras el fracaso de la "era de los experimentos intervencionistas"; pero un impulso liberal nuevo, distinto, auto-crítico respecto al liberalismo clásico, que había conducido inevitablemente al convulsivo "problema social". Es lo que se llamó luego "neoliberalismo" y que en el ámbito centro-europeo adoptó la forma del llamado ordo-liberalismo de la Escuela de Friburgo, fundada por Eucken y que cuenta entre sus filas a Wilhelm Röpke, Alexander Rüstow, Frederick von Hayek y Franz Böhm, por nombrar sólo a algunos.

En el seno de esta corriente de pensamiento ordo-liberal tuvo origen un modelo práctico de acción político-económica, que Erhard con-

cibió en estrecho diálogo con los intelectuales anteriormente citados y otros, como Alfred Müller-Armack y Friedrich Lutz. A esta concepción de la acción político-económica la denominaron "Economía Social de Mercado". Según ella sólo la economía de mercado puede alcanzar objetivos sociales de "bienestar para todos" gracias a una política monetaria, financiera y crediticia -bajo el régimen de independencia plena del Banco emisor- que tenga como objetivos el equilibrio de la balanza de pagos, el mantenimiento de la estabilidad monetaria, el crecimiento económico continuo, y el pleno empleo (el así llamado "cuadrado mágico").

Junto a esta forma peculiar de considerar las tareas y los métodos de la política económica, la Economía Social de Mercado de Erhard se caracteriza también por un rasgo que va más allá de las puras técnicas político-económicas. Erhard consideró la economía como un ámbito o aspecto central de la vida humana, que debe ser adecuadamente ordenado, para que las condiciones sociales se desarrollen hasta una situación satisfactoria; y para que la cultura y la calidad humana alcancen una firme raigambre. Y es precisamente esta preocupación por el hombre -el hombre concreto y su libertad "infragmentable"- lo que otorga a

estos escritos de Erhard una marcada interdisciplinariedad. En primer lugar entre el punto de vista económico y el político. Erhard practica una suerte de visión sintética de ambos, sin confundirlos nunca, lo cual es parte esencial de su modelo concepcional (principio de la interdependencia de los órdenes). Pero esta interdisciplinariedad no se limita sólo a la interdependencia entre política y economía, sino que ensancha la perspectiva todavía más, y las articula con otras perspectivas como la sociológica, la histórica, la ética, la psicológica, la antropológica, etc. En una palabra, entran en juego todas las ciencias humanas, como no

podía ser de otro modo tratándose de un humanista.

Naturalmente, este es un aspecto que deseo recalcar: que en Erhard hay humanismo; un humanismo que tiene mucho en común con el reciente "humanismo empresarial", con la diferencia de que en Erhard está visto desde un observatorio distinto; desde la perspectiva político-económica, que brinda un complemento imprescindible a la perspectiva empresarial. Este humanismo de fondo, connatural a sus principios concepcionales, desvela en buena medida el secreto de su éxito, y el de su grandeza de espíritu.

## 1. EL ORDEN POLITICO-ECONOMICO COMO GARANTIA DE LA LIBERTAD E INICIATIVA EMPRESARIAL

El planteamiento según el cual la economía de mercado sería equivalente a un orden liberal de la economía y de la vida, en general, carece de validez absoluta. No cabe duda de que el liberalismo ha acuñado de modo muy nítido el concepto de economía de mercado como forma muy sofisticada de intercambio anónimo de bienes y servicios, pero aquí hemos de hablar de «economía de mercado», y resulta obligado, por desgracia, definir con más precisión de «qué» economía de mercado vamos a hablar. De igual modo que a lo largo de más de 200 años, el "liberalismo" de Adam Smith ha experimentado innumerables transmutaciones, distorsiones y aberraciones, es de temer que la "economía de mercado" sufra en el futuro un destino semejante. No obstante, podemos partir del hecho de que en la conciencia pública la economía de mercado se percibe como un «principio de orden» liberal, y esto es correcto en cuanto la libertad humana es difícilmente compatible con modelos de pensamiento de tipo socialista o colectivista.

Una economía de mercado sólo comienza a existir ahí donde las relaciones entre productores, comerciantes y consumidores dejan de estar configuradas por vínculos personales, y adquieren un carácter predominantemente anónimo. Este proceso comenzó a despuntar a lo largo del medievo donde el imperio de la producción al pedido del cliente, y el consumo determinado por el orden estamental, iba paralelo a una visión de conjunto amplia acerca de las actitudes vigentes en la sociedad. Por tanto la economía de mercado estaba todavía circunscrita a un orden sentido como querido por Dios que permitió una influencia enérgica por parte de la autoridad, por lo menos de modo indirecto

A partir de estas formas de vida medievales, con sus vínculos jerárquicos y con unas ideas fuertes acerca del orden político, se llevó a cabo el tránsito a la era del mercantilismo, el cual por su doctrina rígida tampoco ofreció un gran margen de maniobra al despliegue individual. El orden estamental fue relevado por un sistema que, sostenido por una conciencia estatal y nacional más vigorosa, condujo hacia una alienación de las fuerzas económicas y permitió que, por primera vez, mediante doctrinas que aquí no viene al caso exponer, se

plasmara el poder estatal como generador de orden también para la economía.

Si aceptamos que sólo considerando los acontecimientos históricos a la luz de su intrínseco sentido se está en condiciones de formular un juicio adecuado a cada época y momento, entonces se concluye necesariamente que de aquella época mercantilista, que consideramos ya superada, nos han quedado, no obstante, unas reminiscencias que con frecuencia encuentran su expresión en el pensamiento exageradamente nacionalista y estatista. La experiencia de aquellos tiempos debe ser para nosotros una advertencia, pero también nuestras experiencias contemporáneas nos enseñan que una cooperación internacional fructífera se basa principalmente en la garantía de un orden interior equilibrado.

El advenimiento de la economía de mercado, tal como hoy la entendemos, ciertamente tiene lugar con el liberalismo naciente bajo la forma de una nueva visión de la sociedad y de la economía, de tipo liberal-burgués. Esta nueva visión condujo al establecimiento de normas enteramente nuevas. Los derechos civiles reemplazaron al Estado omnipotente, el libre arbitrio del ciudadano al poder coercitivo de la autoridad. Las doctrinas

de un Adam Smith, un David Ricardo o un Jean Baptist Say iniciaron una revolución intelectual que, bajo la denominación de "liberalismo", no sólo conmovió al mundo, sino que llegó a transformarlo por entero. Evidentemente, lo que hizo surgir la Modernidad fue algo más que una mera reacción frente a un aumento excesivo de pensamiento económico estatista. De todas formas, resulta digno de recordar que los pioneros intelectuales de la temprana concepción económica liberal hablaron mucho del «mercado», pero poco de «economía de mercado» en su sentido propio. Desde una consideración histórica, esto tampoco parecía necesario, puesto que quien valoraba la libertad que era propia de un orden liberal, no podía menos que defenderlo, aunque todavía no lo concibiese como una determinada concepción de ordenamiento socio-económico.

En cualquier caso, se puede partir sin reservas de la base de que cuando hoy se habla de economía de mercado, nadie piensa ya en las formas ultra-liberales del siglo pasado, salvo cuando se pretende utilizar intencionalmente para una crítica o polémica político-social. Los fundadores de la economía política clásica desvelaron las leyes internas de un orden liberal mediante un modelo teórico nítido

damente elaborado; dieron a conocer relaciones económicas que, desde el punto de vista de la economía pura, podían reivindicar un rango de validez absoluta. No obstante, sus contemporáneos y sucesores quizás consideraron demasiado poco el hecho de que el quehacer económico está situado siempre en el marco de la economía "política" que introduce datos distintos, es decir, datos políticos que influyen desde fuera. Para poder valorar estos datos en cuanto a la extensión e intensidad de las desviaciones que producen, se hace necesario proyectarlos sobre el modelo teórico puro de la doctrina clásica, en cuanto sistema coherente en sí. Las alteraciones que han tenido lugar desde el liberalismo original hasta la concepción de la economía de mercado en un sentido moderno, han de ser entendidas también, como es natural, a la luz de las mutaciones sociológicas. Dichas alteraciones tuvieron lugar principalmente en la época del más intenso desarrollo industrial, y fueron consecuencia de las calamidades y situaciones precarias que este proceso de industrialización generó. Ahí se halla, en último término, la causa de que hayan cambiado radicalmente las concepciones acerca de la libertad económica y de la justicia social.

El haber puesto de manifiesto el núcleo de este mal, es decir, el error intelectual fundamental de la época liberal, hemos de agradecerlo -en Alemania- en primera línea a la «Escuela de Friburgo», que cada vez adquiere más prestigio y que está ligada ante todo al nombre de Walter Eucken. El orden liberal no se vió condenado al fracaso debido al principio de *laissez-faire*, -como ha creído durante mucho tiempo el socialismo-; no fracasó por padecer de un exceso de libertad, que hubiese inducido al patrono a arrogarse el derecho de poder restringir la libertad de terceros casi arbitrariamente, por razón de su posición social y su función económica -aunque probablemente sea cierto que los patronos llegasen a creerse con derecho a esto-. Los defectos del liberalismo no fueron propiamente errores de tipo teórico, sino más bien una insuficiente consideración crítica de algunas ideas socio- y jurídico-políticas que en su tiempo, al parecer, tuvieron su validez, pero que a la larga se mostraron cada vez más insostenibles. Si bien en un principio, la desigualdad del poder económico de los agentes del mercado posibilitó una explotación desconsiderada de las fuerzas laborales humanas, no obstante, en tiempos posteriores se ha puesto de manifiesto una creciente conciencia de los daños sociales de este



tipo, que ha permitido a la sociedad enfrentarse con ellos.

En una fase posterior se ha intentado y se ha practicado masivamente la consolidación de nuevas posiciones fuertes de poder y de dominio del mercado, por medio de acuerdos civiles -acuerdos de cárteles u otras formas de restricciones de la competencia-, ante la pérdida de influencia y poder en el terreno social. De manera que el sistema liberal, a pesar de su fundamentación teórica subyacente, no ha sido considerado por parte de la praxis económica como un orden de competencia, ni tampoco se ha aplicado a la praxis en este sentido. No se consideró así, aunque la dinámica del desarrollo industrial y el aumento de la densidad del comercio internacional, otorgaron una vigencia cada vez mayor a la concepción económica liberal como elemento dinamizador.

Con mirada retrospectiva, se podría afirmar que la tensión dual entre una competencia ya no susceptible de ser forzada o controlada y los intentos de dominarla a pesar de todo, encierra una buena parte de la historia económica moderna hasta nuestros días. No cabe duda de que el pensamiento en órdenes de la Escuela de Friburgo -de los llamados «Ordoliberales» -ha hecho tomar conciencia de la

importancia de la competencia; pero con ello también la ha convertido en objeto de discusiones. De todas formas, la competencia como elemento ordenador, ha alcanzado, gracias a los conocimientos aportados por la Escuela de Friburgo, un lugar óptimo en el seno de la economía de mercado. En efecto, después del derrumbamiento político y económico de Alemania en la segunda Guerra Mundial, la competencia o, mejor dicho, las repercusiones sociales de una competencia ya no arbitrariamente manipulable, ha configurado también una realidad práctica política correspondiente al “pensamiento en órdenes”, que es el sistema de la Economía Social de Mercado.

A pesar del parentesco intelectual existe un elemento adicional que diferencia a este nuevo espíritu de economía de mercado -en especial a la Economía Social de Mercado- frente a ese pensamiento liberal. Tal elemento definidor consiste en que para aquella, no sólo es determinante el automatismo técnico del equilibrio de la oferta y la demanda en el mercado, sino también y en primer lugar, unos principios intelectuales y morales. Si tal orden sólo consistiera en el equilibrio entre oferta y demanda producido mediante una libre formación de precios en el mercado, entonces esto no sería suficiente para fundamentar con

validez conceptual un orden social. Las directrices son de orden moral y nos remiten a la pregunta de si y hasta qué punto una autoridad o un colectivo privilegiado por el Estado puede arrogarse el derecho a restringir o incluso abolir arbitrariamente la libertad individual, por mucho que se invoque la urgencia de tareas comunitarias de orden superior.

Iniciativa privada en economía, naturalmente, no significa que siempre sea la decisión individual de una persona física, la que determina el curso del quehacer económico. En el caso de las sociedades de capitales, por ejemplo, los gremios decisorios como el consejo de administración y la junta directiva deberán ponerse de acuerdo sobre las máximas de su actuación. Sin embargo, sí es cierto que las ideas realmente creativas, que abren nuevos caminos no nacen en colectivos, sino que siempre llevan un sello personal. Que tales ideas han de ser repensadas y puestas a prueba por muchas cabezas hasta llegar a la madurez de su aplicación, no altera en nada el hecho de que no existen cerebros colectivos.

Sin embargo, para mantenernos dentro de las proporciones de la vida real, hemos de admitir que ni siquiera el empresario más hábil y exitoso ingenia una innovación cada día. Lo que sí es posible y debido es que esté cada día

suficientemente vigilante, como para sostenerse en un mundo en cambio continuo. Esto exige también, la valentía de tomar decisiones rápidas cargadas de consecuencias graves, que pueden ser de vida o muerte para el empresario. Es un engaño la opinión de que esto quizá hubiera tenido validez en algún tiempo pasado, pero que hoy en día el empresario estaría libre de esta preocupación, gracias a la supuesta calculabilidad y control del quehacer económico; no, esto es un engaño, es una falsa apariencia que ni siquiera es una mentira piadosa. En Alemania, en los últimos años, hemos experimentado suficientemente que casi todos los pronósticos que deberían haber servido de orientación se han mostrado incorrectos, y que cada empresario, para bien o para mal, tenía que orientarse, en último término, por su propia experiencia.

Se puede comprobar mediante el ejemplo de las economías comunistas, cuáles son los resultados materiales y cuáles son, sobre todo, las consecuencias sociales, -en su mayor parte perjudiciales-, que sufre una economía política sin iniciativa empresarial. No cabe duda de que en éstas hay técnicos y directivos tan hábiles como los que hay en el mundo libre. Pero no hay empresarios, porque no hay espacio para esta tarea o cualidad específica si no hay mer-

cados abiertos, ni libre competencia o cuando la libertad de consumo es muy limitada. Tales países pueden acometer objetivos técnicos eximios, pero no pueden satisfacer ni siquiera necesidades que son relativamente primitivas, según criterios occidentales.

A partir de lo dicho debería ser patente que sólo puede haber un empresariado libre sobre la base de un orden político liberal y, por tanto, en el marco de un sistema de economía de mercado. Cualquier restricción de estas libertades trae la consecuencia de que el empresario se vuelve incapaz de prestar servicios fructíferos, incluso en beneficio del propio país. La experiencia nos dice que el abandono de este principio liberal no puede darnos las menores esperanzas de soluciones mejores, ni una alternativa satisfactoria. ¿Qué es lo que tiene que ocurrir todavía para constatar la tesis de que la economía de mercado es también el fundamento más eficiente del orden social? Sin embargo, dado que la economía de mercado -sobre todo en su versión moral, es decir, la Economía Social de Mercado- tiene el presupuesto de la iniciativa empresarial libre, no se puede negar -entre gente honrada- la conexión inmediata entre actividad empresarial, bienestar y seguridad social. Es también bastante significativo que en

la República Federal de Alemania ningún partido, salvo algunas agrupaciones extremistas como por ejemplo las «juventudes socialistas», se atreve a atacar en público el principio de una economía de libre empresa. Esto es un hecho, aunque existan algunos que quizá esperen poder iniciar por la puerta trasera una reestructuración de nuestro orden social, mediante el aumento de impuestos sobre el terreno, sobre el patrimonio y sobre la herencia. Habrá que vigilar cuidadosamente esto, para no desembocar un buen día en una sociedad socialista, a través de una multitud de pequeños pasos en esa dirección.

Frente a una evolución económica que se caracteriza de modo creciente por concentraciones, fusiones y conglomeraciones cada vez más poderosas, tanto en el sector industrial como también en el comercial, es frecuente oír que cada vez queda menos espacio de maniobra para el despliegue de la iniciativa privada, según los principios de una economía regulada por la competencia. Algunos fenómenos parecen apoyar esta idea, aunque sería un error grave sostener que el crecimiento del tamaño de las empresas haga menguar la competencia, o que la llegue a extinguir por completo. Si se perciben tales tendencias a menguar o restringir la competencia, o se com-

prueban actuaciones que tienden a este fin, hoy día es, sin duda, asunto del poder legislativo impedir y sancionar abusos evidentes de este tipo. De hecho también ha de contarse con nuevas regulaciones legales en cuestiones de control de abusos y de fusiones. No obstante, no estoy dispuesto -como es bien sabido- a tolerar una iniciativa privada que se oriente a impedir la competencia, ni de ninguna manera a admitir tal cosa como «iniciativa». Me consta que hoy todavía hay empresarios de vieja crianza que se lamentan por la pérdida de su pasada gloria «cartelaria», pero el tiempo ya los ha dejado atrás. Para no faltar a la justicia y no omitir nada no quisiera negar que algunas de estas fusiones empresariales no hayan emergido de un cálculo puramente racional, sino por el afán de afianzar la propia posición en el mercado, y posiblemente también para conquistar más poder comercial. Sin embargo, en el marco de una economía de mercado es difícil alcanzar y más difícil todavía defender posiciones de monopolio -o siquiera de oligopolio- puesto que la apertura mundial de los mercados entraña que se hunda hasta el más esforzado empeño en esa dirección. Hoy en día el punto crítico al que debe dirigirse la atención son más bien los intentos de una restricción supranacional de la competencia.

Si la iniciativa privada debe ser puesta a prueba en la competencia, entonces no debe ser ésta impedida desde la política o, peor todavía, por motivos de política de partidos. De todas maneras debería ser indiscutible que en el marco de nuestro orden jurídicamente garantizado, el ámbito privado ha de estar libre de la tutela estatal. No debería ser posible obligar a nadie a sujetarse a cualquier organización o institución, sino que más bien ha de asegurarse el libre albedrío del ciudadano en este sentido. También pertenece al concepto de la iniciativa privada que el hombre no sólo es un ser social (de grupo), sino que ante todo es y debe seguir siendo una persona individual. En una democracia madura deberíamos facilitar un reconocimiento mayor a la dignidad del individuo. Esta dignidad del individuo, lejos de ser una ilusión que el pensamiento social o grupal podría superar o arrasarse, es algo que cuando se pierde por completo constituye una maldición de nuestra sociedad, a saber, que el individuo deja de estar capacitado para desarrollar sus virtualidades y para ponerse a prueba. Como ya he señalado, la custodia del espacio vital privado no se refiere sólo a la actividad económica industrial en el ámbito de la empresa. Más bien se refiere a la actividad económica de cada uno de los ciudadanos, que quieren reservarse el derecho y la libertad de

configurar su vida personal e individual según sus propias ideas.

Además, estas reflexiones no sólo tienen validez en el ámbito nacional sino también en el internacional. No existe ningún ordenamiento económico orientado a la convivencia pacífica entre los pueblos fuera de la economía de mercado. Ella se sustrae -según la medida de una competencia fundamentada en el rendimiento- a cualquier aspiración de un Estado a abusar del poder económico, utilizándolo como instrumento de poder político. Mientras el intercambio aduanero de los bienes siga exigiendo iniciativa privada, no quedará ningún espacio para un dominio estatal de esta convivencia pacífica, que tan beneficiosa es para todos los pueblos.

Por estos motivos, en Alemania, después del derrumbamiento, hemos construido este orden económico, que nos ha ganado un reconocimiento mundial. Y sin embargo, quien hoy sigue pensando en estas categorías, fácilmente es tachado de anticuado y retrógrado. Progresista, en cambio, es aquel que ya no piensa en términos de órdenes sino tan sólo en términos de acción. También en el mundo libre, un pragmatismo superficial o un conformismo pernicioso impregnan cada vez más la conciencia política. Y natural mente quien no

advierde ni aprecia el valor del orden como marco para la vida, tampoco es capaz de defenderlo y apoyarlo.

En lo que llevo dicho, ha aparecido con frecuencia la palabra «orden», sin definirla con más precisión. A continuación debemos poner en claro este oscuro punto. Fue mérito de la Escuela de Friburgo -es decir, de Walter Eucken y sus colaboradores- el haber reconducido la economía política a un riguroso «pensamiento en órdenes»; no sólo para conjurar el fantasma de la economía de planificación estatal o para colocar la naciente «econometría» en su lugar adecuado, sino más todavía para enfrentarse al aburrido e insípido pragmatismo con la disciplina de un orden concepcional. Por mi parte, no tengo reparos en tachar al comportamiento pragmatista -hoy tan alabado- de capitulación ante la verdad, y de cobardía ante la realidad. Muchas veces es hoy día considerado prudente, quien ya no sabe por dónde va el camino, el que rehuye tomar decisiones, y para colmo, es considerado político "hábil" quien actúa «pragmáticamente», es decir, subordinando sus proyectos a los azares del momento. Los pragmáticos son relevados por los oportunistas y, al final, éstos son a su vez relevados por los conformistas sin escrúpulos.

Parece ser un signo de nuestros tiempos pensar no tanto en «órdenes» como en «reglamentos». Esto se pone de manifiesto ostensiblemente en la continua creación de nuevas instituciones, tanto en el plano nacional como en el internacional, con el fin de perfeccionar la vida socio-económica y social hasta la compensación de las más mínimas «injusticias», mediante un intervencionismo cada vez mayor del Estado o de algún organismo colectivo. Y esto nos aleja con demasiada facilidad del orden natural. No cabe duda de que encierra mucha verdad aquella sentencia de que quienes pretendieron hacer de este mundo su cielo, lo convirtieron en un infierno. ¿A quién le es lícito presumir de que sabe lo que es «justo» o lo que es «social»? Nuestra sociedad actual que tanto gusta de la gestión moderna, se empeña constantemente en corregir a Dios -o si se prefiere- a la creación.

Ciertamente yo también estoy convencido de que la competencia verdadera, no manipulada, representa en la vida económica el mejor principio de selección y el más beneficioso, mientras que otros opinan que las posibilidades vitales de los individuos deben ser dirigidas autoritaria mente con el fin de alcanzar la igualdad. La tendencia hacia un igualitarismo cada vez mayor se pone siempre

más en primer plano como fin social, a pesar de la innegable diferenciación humana. No obstante, como no somos ángeles, ni tampoco nos movemos exclusivamente por ideales, resulta que ese camino habría de conducirnos a la larga al debilitamiento del rendimiento económico, y a la disminución de nuestra capacidad de dar satisfacción a las notorias exigencias de nuestro tiempo -pensemos tan sólo en la multitud de tareas sociales que de hecho se hacen cada vez más urgentes-. Pero por mucho que haya que alabar la solidaridad de saber que cada hombre está protegido de la calamidad y de la miseria, no por ello deja de ser necesario conjugar este principio de solidaridad con el principio de subsidiariedad. En una sociedad humana los ciudadanos dotados de espíritu, alma y conciencia no siguen a unas leyes físico-biológicas, como lo hacen las hormigas en el hormiguero. Precisamente por eso, los órdenes humanos han de conceder un espacio lo más amplio posible a la libertad y la individualidad.

Se me puede tachar de subjetivismo, por haber intentado -con la puesta en práctica de la Economía Social de Mercado- unir el orden a la libertad para que reine más justicia. «Orden» no ha de entenderse aquí ni exclusiva ni predominantemente como orden jurídico

en un sentido esquemático, sino como orden vital de una comunidad en su más honda significación. Tal orden puede ser tomado en sentido estricto pero también en sentido amplio; de modo que su alcance se extiende desde la familia hasta el Estado y aunque cambian sus formas según los casos, sin embargo, no cambia su esencia y su contenido básico. Esto significa que cualquier forma de asociación humana requiere el reconocimiento de reglas de juego vinculantes para todos. Aquel dicho de que «ni siquiera el hombre más piadoso puede vivir en paz, si no quiere su malvado vecino» se basa en la comprensión de que aún en un ámbito reducido, la renuncia al orden conduce necesariamente a la discordia o al caos. Ahora bien, alguien podría preguntarse aquí ¿cómo se logra esta conciliación entre libertad y orden?. Permítanme que responda citándome a mí mismo, cuando he declarado reiteradamente que, si bien el orden sin libertad engendra con demasiada frecuencia la coacción, la libertad sin orden, por su parte, muy fácilmente acaba amenazando con desvirtuarse hacia el caos. La historia nos ofrece ejemplos suficientes para ambas tesis.

Mientras los regímenes totalitarios afirman que en sus territorios reina el "orden", en las democracias maduras se señala que en su terri-

torio el orden ha de entenderse como integración y subordinación espontánea de hombres libres en la sociedad y en el estado; y así se pone de manifiesto que los órdenes coactivos necesariamente destruyen cualquier democracia mientras que la libre voluntad de orden, positiva y constructiva, representa el vigor de una democracia realmente respaldada por el pueblo. La idea trágico-cómica de someter un orden social a la supervisión policial, siempre será, al menos eso espero, algo absurdo. En este contexto parece que vuelve a hacerse necesario comprender el orden, no como una situación dirigida por mandatos, sino como armonía basada en un equilibrio interno. Armonía aquí no significa felicidad petrificada, sino que indica un acontecer dinámico en el marco de un orden de vida libremente elegido.

La conclusión que se saca de esto para la política de ordenación, es que no basta una interpretación meramente material de la esencia interna de la economía de mercado, para que ésta ya llegue a ser una forma social. En una fase evolutiva que pretende configurar la vida cada vez más en función de cálculos y previsiones, no se puede pasar por alto el peligro de que la política económica activa no busque ya orientar la economía de mercado

según unos principios de orden, sino más bien manipularla según planes políticos preestablecidos. No existe una economía de mercado verdadera que permita al Estado alterar arbitrariamente y a Corto plazo los datos económicos, según concepciones ideológicas o conforme a unos intereses de partido. Esto sólo puede conducir a desencadenar procesos que, aunque aparentemente o de manera inmediata no mermen el mecanismo de la economía de mercado, sin embargo ya no concuerden con el espíritu de una sociedad libre. Piénsese, por ejemplo, en la política fiscal de impuestos en cuyo desarrollo avanzan también en Alemania ideas colectivistas: un progresivo aumento del impuesto sobre la renta a cargo de los ingresos mayores, y un aumento drástico de la contribución territorial, sobre el patrimonio y sobre la herencia, se presentan como un progreso social, a pesar de que está calculado y comprobado a través de una larga experiencia internacional, que el supuesto beneficio fiscal que estas medidas comportan, está muy lejos de compensar la pérdida de energía económica que dichas medidas provocan.

En conclusión, si un orden social liberal parece que sólo es concebible sobre la base de un fundamento intelectual y moral, entonces las normas que rigen la política económica

adecuada a una sociedad libre no pueden establecerse o alterarse de manera arbitraria. Con otras palabras: una economía de mercado ha de llevar ya en sí misma los rasgos de una sociedad libre para poder ser valorada como concepto de orden. Esto significa -una vez más- que no existe un mercado libre al margen de una sociedad libre.

En algunos países se pueden ya reconocer signos de una desilusión acerca de la posibilidad de escapar de la maldición de una inflación progresiva. Por tanto, es necesario despertar a todos los espíritus y mostrar que perderemos la libertad y caeremos en los lazos del colectivismo si no nos oponemos al mal de la inflación. No es innato a los hombres con espíritu liberal la inclinación y el afán de protección mediante una seguridad colectiva, un fenómeno que cada vez se deja observar en estratos de la población más amplios; sino que esto es, en lo esencial, la consecuencia de una evolución, que lleva a que especialmente las pequeñas y medianas empresas y los profesionales liberales se pregunten y duden de si el trabajo y el rendimiento de toda su vida, son suficientes para costear los años de jubilación a la vista de la disminución del valor del dinero. El retroceso relativo de la actividad ahorrativa supone una amonestación adi-



cional. Si se toma en cuenta la imposición sobre la renta y sobre los bienes y se une a esto la depreciación de la moneda en 4 ó 5 puntos, a la cual no sólo están sujetos los intereses sino también el capital mismo, es inevitable que sufra menoscabo la voluntad de ahorrar y de rentabilizar. Ahora bien, por este camino somos llevados a la disolución de un orden social liberal.

Cuando el ciudadano deja de tener la convicción -que necesariamente se va perdiendo en un proceso inflacionario- de que puede configurar su destino con sus propias fuerzas, entonces decae también su valor para defender la libertad. Cuando sobreabunda el sentimiento de dependencia del Estado y de su beneplácito, o del de determinados organismos públicos, tampoco se puede esperar del ciudadano ningún coraje civil. Pero de este modo los ciudadanos libres son degradados a la condición de súbditos. La comparación entre el orden vital en Estados totalitarios y en

países libres confirma también la validez de esta afirmación. Por ello tampoco son bienintencionados aquellos que nos ofrecen soluciones intermediarias, a la manera del sistema económico yugoslavo, y nos dicen que las tensiones entre estas dos formas diferentes de vida se reducen a un conjunto de malenten-

tidos interpretativos. Los que afirman esto son colectivistas puros, que pretenden adormecer nuestra conciencia.

Economías colectivistas que disponen sobre el capital productivo, de monopolios comerciales, y del derecho a la fijación de los precios, y que tienen, por tanto, multitud de posibilidades de intervención no precisan ningún mercado de capitales. Desvían fondos de modo autocrático antes de que el consumidor reciba su parte, mientras que en los países democrata1 ibera les el estado está sujeto y depende de la actividad impositiva sobre sus ciudadanos, de que éstos pongan tanto a su disposición como a la de la economía privada, medios suficientes por vía de la formación de capital por medio del ahorro. No obstante, en el marco de nuestro orden no puede funcionar ni alimentarse suficientemente un mercado de capitales si perdura la tendencia inflacionista. Puesto que ninguna economía nacional en competencia puede renunciar a la racionalización, y al aumento de productividad; y puesto que las administraciones públicas están obligadas a cumplir con las tareas comunitarias, la economía privada va a intentar desviarse a precios más altos, pero por supuesto también en sueldos más altos; el Estado, por su parte, tendrá que subir los impuestos para dar

comienzo al siguiente ciclo de inflación, una vez terminado el anterior. De esta manera la inflación de hoy engendra la de mañana y, por así decirlo, se nutre de sí misma. ¿Es posible que esto responda a leyes inalterables?

Aunque aquí y allá prevalezca aún la creencia de que existen salidas viables, la realidad debería ya habernos instruido a todos de lo contrario. Y aunque fuera verdad que por medio de la inflación se pudiese acelerar el progreso técnico -lo cual en realidad es una conclusión engañosa y errónea-, aún así, este presunto beneficio habría supuesto un precio demasiado alto: la destrucción de la sociedad libre. La equivocada creencia en que el acontecer social es susceptible de ser calculado y en que la evolución de las reacciones humanas es predecible y abarcable, ha contribuido mucho a la orientación errónea de la política conyuntural. Muchos Estados desearon -por supuesto, sin asumir ninguna responsabilidad- empujar a la economía en una dirección predeterminada por medio de objetivos, o por medio de las llamadas "ayudas orientativas". Y curiosamente, cuando este «planificar» se sitúa al margen de la vida real, entonces no se ha equivocado el Estado, no... ha fallado el ciudadano. Es éste el culpable si el Estado, para cubrir sus propias faltas, recurre a medidas coactivas tal como se

manifiestan en la congelación o el control de los alquileres, en la congelación de los precios o salarios. El punto de llegada de este camino del desorden es necesariamente la pérdida de la libertad democrática. Cuando, como consecuencia de la inflación, se propague en este país tanto la ocultación de la riqueza imponible, como la huida de capitales, y cuando, para colmo, se vuelva al control de las divisas como tabla de salvación, entonces habremos despilfarrado en brevísimo tiempo todo aquello que después del hundimiento, ha representado esperanza y salvación. El desmantelamiento del comercio mundial y la reincidencia en un proteccionismo nacional no son saludables para la economía mundial, sino que por el contrario la conducen a su disolución.

Si en otros tiempos la economía de libre mercado -como expusimos arriba- fue objeto de múltiples intentos de manipulación por parte del mundo empresarial, mediante una adulteración del concepto de libertad; hoy en día la Economía Social de Mercado está amenazada por otros peligros, a saber, por una interpretación equivocada del concepto de «lo social», por el peligro de la manipulación estatal mediante un dirigismo progresivo, o un colectivismo cada vez más poderoso. La disposición de cada vez más grupos y estratos

sociales a garantizar su subsistencia, su seguridad y su futuro en el colectivo, no nace de un verdadero deseo sino de una preocupación frecuentemente muy fundada -aunque acompañada de un rechazo interior- a que el individuo -dejado a sus propios cuidados- ya no esté capacitado ni siquiera a enfrentarse de modo eficaz a las adversidades, eventualidades y vicisitudes de las decisiones políticas, o a las evoluciones conyunturales. Cuando son cada vez más los establecimientos y empresas que están sobrecogidos de temor, y sienten amenazada su existencia si no tienen el apoyo directo o indirecto del Estado, entonces se convierten en súbditos o esclavos; se hacen propensos a la huída hacia lo colectivo. El hecho de que tal proceso conduzca a la desintegración de la economía de mercado, tendríamos que colocarlo de modo todavía más decidido en las conciencias de todos los hombres de reflexión y de ciencia, los cuales amenazan con desfallecer en su resistencia interior frente a tales sofocaciones, muchas veces tan sólo por comodidad o por la ventaja barata de un momento.

La polarización político-social encuentra su expresión contemporánea no tanto en el dualismo «socialismo-capitalismo», como en la decisión por el colectivismo o por la libertad.

No cabe duda, de que teniendo en cuenta los rápidos avances de la técnica, la aplicación de nuevos conocimientos científicos, y el aumento del bienestar material han alterado radicalmente tanto las formas de vida como sus posibilidades. Lo que hoy entendemos en Alemania por «tareas comunitarias» no surge de una actitud mental colectivista ni se corresponde con ella, sino, al revés, se pone al servicio de la utilidad del individuo, en aquellos ámbitos -menciono a modo de ejemplo los de la ciencia, la sanidad, la construcción de carreteras y la circulación- que el ser humano individual ya no puede desarrollar u organizar con éxito, contando sólo con sus propias fuerzas. De ahí resulta de modo inevitable la necesidad de una participación más intensa del Estado en el producto social, y proporcionalmente también en la renta nacional, y la sociedad debería estar dispuesta a aceptar esto.

En este mismo punto, no obstante, surgen las dudas y comienza la problemática político-social. ¿Sirve al bien del hombre, al fortalecimiento interno de la sociedad y del ideal democrático, el hecho de que se haya convertido en una especie de droga -en algo que resulta «moderno»- el conceder al Estado cada vez más derechos de intervención en la esfera privada del ciudadano? ¿Está dispuesto éste a

reconocer que esos supuestos servicios del Estado deben ser pagados con una dependencia y esclavitud creciente de cada uno ante la «colectividad»? Es más, el ciudadano paga eso en líquido -sea en libras, USA\$ o DM- porque ningún Estado está en condiciones de devolver a sus ciudadanos más de lo que previamente les ha extraído -ya sea por medio de una elevación de impuestos, ya sea por medio de la inflación-. Por eso me parece incomprendible la constatación del hecho de que una Alemania Federal que se salvó del más profundo hundimiento por medio de un orden liberal, parece hoy por hoy estar cada vez más dispuesta a reconocer el igualitarismo como forma social adecuada.

En consecuencia, hemos de encontrar la regla de oro que determine la relación adecuada entre la actividad económica del Estado y la de los individuos privados. ¿Quién ha de asumir en el futuro la responsabilidad para la política económica? o planteado con más precisión: ¿dónde están para un gobierno los límites que todavía hacen justicia al espíritu de una economía de mercado? ¿Hemos de mantenernos dentro de esos límites o hemos de llegar hasta el punto de que las decisiones libres de los ciudadanos ya no configuren el desarrollo económico, dentro de sus propios

ámbitos -ya sea como productores o como consumidores, patronos o empleados-. Llegados a tal punto, tan sólo quedará la alternativa de que el Estado someta a su reglamento la vida de los ciudadanos. Esto constituye, por tanto, una nueva especie de economía de planificación central o estatalizada, en la que los hombres, bajo las apariencias externas de una economía de mercado y de sus leyes mecánicas, pierden de nuevo su libertad.

Debe ser, pues, subrayado siempre de nuevo que la tarea más propia y noble del Estado consiste en crear un marco ordenador, dentro del cual el ciudadano ha de poder moverse libremente. Y esto, por su parte, requiere el manejo de una política económica en la cual los hombres económicamente activos de todos los estratos, puedan estar seguros de que no están continuamente a merced de unas decisiones políticas imprevisibles. Se trata aquí de no entregar los cimientos económicos y sociales de nuestro orden de vida a un instrumental político que puede ser alterado o sustituido diariamente.

Ciertamente, el legislador puede decretar determinadas formas de conducta, pero, en último término, no puede suprimir las convicciones del hombre. Vista desde esta perspectiva, la economía de mercado no es tan sólo

un principio mecánico, sino que es más bien la expresión de un orden de vida fundamentada en convicciones, en la moralidad, en la libertad y en el derecho. Precisamente esto constituye su debilidad en la vida política, pero al mismo tiempo -al menos eso espero- es aquello que constituye su fuerza.

## 2. UNA POLÍTICA ECONOMICA ORIENTADA A LA "INTEGRACION INTERNA" DE LA SOCIEDAD

Todo programa político-económico que deba servir al desarrollo dinámico de nuestra vida social, aunque a veces resulte la alternativa más obvia y se imponga por su propio peso, precisa siempre de una continua revisión crítica, que permita combinar armónicamente el pasado, el presente y el futuro, sin producir fisuras bruscas ni conmociones. Dicho con otras palabras, los modelos político-económicos no sólo dejan su impronta en el entorno social, sino que también son formados y transformados por él. La política económica tendrá tanto más eco en el sentimiento de un pueblo, cuanto mejor consiga dar una respuesta comprometida con los asuntos intelectuales o culturales de una época, trascendiendo así el puro cumplimiento de su función propia. Por

supuesto, esto no quiere decir que tenga que adaptarse, a corto plazo, a todas las ideas del momento, a los sentimentalismos románticos y a las exigencias utópicas de los diferentes grupos. La verdad no es tan cambiante para que, como ocurre con la moda, tenga que adaptarse a todo capricho, del mismo modo que las leyes de la lógica tampoco pueden escapar a su necesidad inherente.

La política de la Economía Social de Mercado viene inspirándose, desde la reforma monetaria del año 48, en la idea de armonizar, sobre la base de una economía de libre competencia, la libertad personal con un creciente bienestar y seguridad social, reconciliando a los pueblos mediante una política de aperturismo mundial.

¿Quién recuerda hoy el estado desolador en que se hallaba toda Alemania, del cual ya podemos decir que nos hemos liberado? Abordar problemas elementales de abastecimiento y producción, superar el paro agravado por el flujo de refugiados, reconstruir un mercado de bienes y capitales que funcione, crear una nueva confianza en nuestra joven moneda, e integrar la República Federal en una economía mundial que estaba reponiéndose, eran algunas de las tareas que había que cumplir, si no queríamos caer en la

escasez, en la penuria y en la miseria. Hoy, ni siquiera los enemigos de la Economía Social de Mercado discuten ya que ésta, de modo casi sorprendente, consiguió sentar bases sólidas para la subsistencia económica de nuestro pueblo.

Del mismo modo que nos apartamos de las ideas degeneradas de aquellos que rompen todas las medidas sociales con su frío egoísmo, también nos oponemos con decisión contra todos aquellos elementos destructivos que, gozando alegremente del bienestar material, se creen en condiciones de poder mofarse, por snobismo o por simple estupidez, del llamado "milagro económico" o de los "hijos del milagro económico". Dan al pueblo piedras en lugar de pan. Pero nosotros tendemos la mano a todos aquellos que, guiados por la seriedad ética, aunque quizás sean duramente críticos con algunos fenómenos de nuestro tiempo, intentan conseguir algo mejor, quieren analizar y ayudar.

Espero que no me tomen a mal que ponga de manifiesto aquí algunas observaciones y juicios extraordinariamente contradictorios. Mientras en los períodos de la peor penuria y de la indigencia más dura, las únicas opiniones que se oían eran que una economía de libre mercado no estaba en condiciones de superar

los problemas que se planteaban en esa situación, y si me oponía a ello sólo cosechaba odio y desprecio, ahora quiere hacerse creer que la concepción económica liberal es adecuada sólo a las situaciones de déficit, mientras que el bienestar y la abundancia necesitan otras concepciones del ordenamiento. "La razón se vuelve sinrazón, la benevolencia, tormento."

No, lo que necesitamos es ser consecuentes con nuestra actitud interior y fieles al ideal. Si en los últimos doce años se hallaban en primer plano las cuestiones del abastecimiento y del empleo de un país industrializado en un ámbito estrecho, ahora se puede apreciar por numerosos síntomas -por ejemplo, por el aumento del ahorro- que los posteriores desarrollos de la Economía Social de Mercado sí conseguirán superar, de modo cada vez más satisfactorio, los problemas que van unidos a la formación de ingreso y de patrimonio.

Quien sea sincero consigo mismo no podrá negar, después de las experiencias de los últimos doce años, que lo que hoy aún no se ha podido alcanzar, madurará en el futuro y que todo progreso técnico-científico redundará precisamente en beneficio de las más amplias capas sociales de nuestro pueblo. Así, por ejemplo, los ingresos disponibles para

el consumo y el ahorro de las economías domésticas privadas aumentaron, en el período de 1950 a 1958, en un 122 %. En los de los agentes económicos independientes se registra un incremento del 71 % y en la media nacional de ingresos, un incremento del 142 %. Ahora bien, en esta comparación debe tenerse en cuenta la formación de capital procedente de beneficios reinvertidos, así como la circunstancia de que el número de trabajadores por cuenta ajena creció, de 1949 a 1959, de 13,6 millones a 20,1 millones de empleados. Pero para mí es igualmente importante otro éxito de la política económica alemana que es digno de mención, a saber, que este orden económico y social libre ha llevado a que cada vez más países del mundo libre mostraran un serio interés por los métodos de la economía de mercado. Se puede decir incluso que este modelo, cuya elaboración se debe en gran medida a Alfred Müller Armack y a Wilhelm Röpke, se ha impuesto también intelectualmente, y que hoy tiene vigencia el principio, universalmente aceptado, de un comercio libre en todo el mundo.

¿Qué es, pues, lo que falla para que, pese a todos los éxitos y a esa grandiosa marcha triunfal de la Economía Social de Mercado, el éxito parezca no ser suficiente para tranqui-

lizar a las personas, para satisfacer a la sociedad? ¿A qué se debe que el aseguramiento de los puestos de trabajo, bajo el signo del pleno empleo y del crecimiento de la producción en una coyuntura continuamente ascendente, con una renta nacional incesantemente creciente, no tranquilice ni satisfaga a las personas? La intranquilidad que se aprecia por doquier en nuestra sociedad democrática es un hecho abrumador. Apenas perceptible en tiempos de indigencia, ahora aparece de diversas maneras, pareciendo ser -como punto débil de la sociedad libre- muy difícil de vencer. Cuando surgen comprensibles diferencias de opinión, chocan unas con otras en un ambiente de hiperexcitación; sin que nosotros, en la vida diaria, dispongamos siempre de la receta adecuada para mitigarlo. Si el exceso y la falta de dominio producen conmociones, está ciertamente justificado recordar lo conseguido y no renunciar a una apelación ética. Yo soy plenamente consciente de los límites de la efectividad de dichos llamamientos, pero confío en que la conciencia humana sea sensible a una reflexión acerca de los verdaderos valores de la vida.

Así pues, queremos y podemos preguntarnos ahora si esa intranquilidad y excitación de la opinión pública no radican quizás en

capas más profundas de la conciencia, es decir, en cuestiones que todavía no se han solucionado satisfactoriamente en una sociedad libre. No creo que se ignore consciente y malintencionadamente lo conseguido. La mejora de las condiciones materiales es demasiado obvia para que se pueda cuestionar.

Una reflexión más profunda nos puede enseñar que la sociedad democrática, puesta en movimiento y conmovida profundamente por una expansión industrial sin precedentes, exige esfuerzos sociopolíticos especiales, para despertar un nuevo sentido de la vida adecuado a nuestro tiempo. Probablemente, en muchos casos sólo es preciso recordar los vínculos del individuo con su entorno, con su "mundo", que no se han perdido definitivamente. Pero reconozcamos que, como consecuencia de la industrialización, del desarrollo del tráfico, de la mitigación de los vínculos tradicionales con el terruño o con la profesión aprendida, y de la pérdida de autonomía, se ha producido un daño que debe tomarse sociológicamente en serio. Se ha caracterizado nuestra forma de sociedad, en sentido figurado, como "sociedad, sin clases". Este concepto, que ha sufrido transformaciones en la historia, debe considerarse no sólo como síntoma de que el ascenso del nivel de vida de

los trabajadores haya conducido a un proceso de des-proletarización, que sigue desarrollándose, sino también de que, de hecho, han desaparecido las divisiones por capitales y profesiones y se han extendido a amplias capas sociales las posibilidades de consumo de modernos bienes como el automóvil, el televisor y todos los aparatos que facilitan el trabajo doméstico; todo lo cual, desde el punto de vista de la política familiar es muy deseable, y gracias a ello se han reducido los viejos privilegios de tipo estamental sobre el consumo, y es de esperar que se reducirán aún más en el futuro. En esta "sociedad sin clases", el problema ya no son el estamento y la clase, sino el individuo; es el hombre el que se siente inferior e inseguro frente al todo. El problema de cómo y dónde encuentra éste, en la vida profesional y social, el lugar adecuado a su forma de ser, es -sin duda- más difícil de solucionar aquí que en los regímenes de planificación central o dirigistas. A ello hay que añadir que las coyunturas, los movimientos en el mercado, las transformaciones de las formas de explotación, parecen sujetar a la persona a mecanismos anónimos, y le quitan la satisfacción, porque no consigue comprender esas fuerzas. Cuanto más miedo vital indefinido produzca esa inseguridad, menos habrá de sorprender que los hombres, para salir de ese sen-



timiento de aislamiento, se refugien en grupos y asociaciones, que manifiestan ante la opinión pública, de modo ampliado, esa intranquilidad interna de cada individuo.

Un proceso como el que acabo de describir no sólo tiene consecuencias que conllevan tanto el peligro de la atomización como el de la colectivización de la vida social, sino que también refuerza el deseo del hombre por una integración armónica en vínculos abarcables, en los que busca y puede encontrar confianza y seguridad. Las comunidades más profundas, como son la familia y la iglesia son complementadas por ese otro tipo de formaciones sociales que surgen entre personas que comparten las mismas ideas, fines o aficiones, como son los clubs, tertulias o asociaciones de vecinos. Casi me gustaría decir que la naturaleza humana necesita ese equilibrio interior, el equilibrio psíquico, la reconciliación de las formas de la vida profesional en la sociedad de masas con la exigencia de tranquilidad y seguridad en agrupaciones culturales-espirituales. Se exigiría demasiado de la Economía Social de Mercado si se le impusiera la responsabilidad de superar las formas de vida de nuestro presente, conformándolas según un modelo. Ahora bien, sí que está obligada a adecuarse a los imperativos de una política social cristiana

y a entrar en armonía con ella formando con ella una unidad.

Desde el punto de vista de la política económica, el problema debería plantearse de modo que se trate de conseguir una humanización del entorno en todos los ámbitos vitales y especialmente dentro de la vida económica. Si se quiere que esto sea más que un tópico, hay que traducir esta idea en principios de actuación político-económica y político-social. Me refiero a ideas que ha desarrollado conmigo Alfred Müller-Armack, de las que a continuación se hablará con más detalle. Sin embargo, no me entendería quien quisiera partir de la base de que ahora tendríamos que abjurar de los principios de la Economía Social de Mercado. La vida no evoluciona a saltos, ni tampoco los desarrollos político-económicos y político-sociales, que no deben entenderse como acciones, sino siempre como procesos. La Economía Social de Mercado ha sido entendida por sus fundadores como una política económica integral. Pero, teniendo en cuenta la capacidad de rendimiento que ha alcanzado nuestra economía, las mejoras continuas de los ingresos de nuestro pueblo, y los esperanzadores indicios de una formación de capitales más amplia, en el futuro podrán

sucedan cosas mejores, que expresarán esa integridad en formas sociopolíticas concretas.

Ciertamente no podemos responder a la cuestión económica anteriormente planteada, haciendo referencia únicamente a unos valores éticos, pero tampoco se puede menospreciar la dignidad y el peso de dichos valores en la vida económica. La tarea ética de la conformación de nuestro orden vital sería fallida, si no pudieran encontrarse vías y formas concretas para configurar la política de una sociedad de hombres libres. Así es como la Economía Social de Mercado ha acabado por imponerse, no sólo gracias al ideal que la anima, sino también gracias a una concepción que supo armonizar, en un ámbito de libertad económica, los métodos de la política económica práctica con los objetivos de arraigo social.

En esta situación, intelectualmente ineludible, de la "sociedad sin clases" que he esbozado, se precisará la integración de agentes sociales estabilizadores, que puedan dar al hombre de nuestro tiempo, que tiende al individualismo, la conciencia e incluso la seguridad objetiva de su existencial pertenencia a un orden social integrado. Ciertamente esto puede resultar más difícil de comprender para el individuo que una simple con-

cepción dirigista. Pero no me parece que éste sea un criterio adecuado de valoración. Desde el punto de vista político se trata de superar las reacciones de desconfianza frente a una economía de libre mercado, y de comprender que una terapia meramente pedagógico-intelectual ya no es suficiente para solucionar fructíferamente los problemas de nuestra sociedad actual. La corriente de su expansión, de su tecnología, de sus cambios sociológicos es tan fuerte, y nos arrastra con tal rapidez, que nos ocurre como al navegante, que al ir perdiendo de vista las orillas, le resulta muy difícil orientarse si no sabe hacerse cargo conscientemente de las condiciones de las corrientes.

Por supuesto que seguiremos con la política de la Economía Social de Mercado. Y me gustaría incluso subrayar que nosotros, y el mundo occidental en su totalidad, tenemos motivos para reivindicar el derecho de primogenitura, en lo que se refiere a una política económica mejor y más consecuente con la idea de que la economía debe servir primeramente al hombre, prestigio probado al que no podemos renunciar, justamente ante el endurecimiento de la lucha con el mundo colectivista. Si bien un orden económico colectivista-totalitario que, en último término, sólo sirve para la glorificación y para el acrecentamiento

del poder estatal, puede tener grandes éxitos dentro de los sectores de la industria de materias básicas, puesto que son sectores fácilmente regulables; en cambio, seguirá siendo incapaz de servir al hombre; es decir, de poner a su disposición toda una serie de bienes que, mediante el libre consumo como medio de selección, enriquecen y embellecen la vida individual de los ciudadanos. Estaríamos adoptando la peor solución socioeconómica, si estuviéramos dispuestos a apoyar a las tendencias primitivas, y a las ideas trasnochadas de una política que tiene como fin el igualitarismo, tanto si éstas tienen su origen en el puro desconocimiento de las relaciones socioeconómicas, como si surgen de una pretensión consciente de colectivización. Y más cuando resulta que en el mundo dominado por los soviéticos comienza a perfilarse la posibilidad de que ganen fuerza ciertas corrientes que, aunque sólo de modo titubeante, conducirían a un mayor respeto y conciencia de los derechos humanos, cuyo origen es el mismo Dios y que han sido por él queridos.

Esto último sería un acontecimiento muy afortunado, pero una reconciliación a medias, es decir, en la forma de un camino intermedio, supondría una profunda tragedia.

De todo esto se desprende que, en el desarrollo futuro de la Economía Social de Mercado, los problemas socio-políticos tendrán la misma importancia que los económicos. Ya desde hace años se ha reconocido, entre las personas que se preocupan por esta cuestión, la necesidad de un desarrollo de nuestro orden económico en esta dirección. Pero la cuestión debe plantearse en su integridad. Sin duda, los esfuerzos por crear nuevas formas de propiedad deben ser promovidos, pero siguen siendo limitados en la medida en que, en la búsqueda de una solución satisfactoria de la estratificación de ingresos y de capitales, dentro de la problemática socio-política general, sólo abordan un plano, es decir, sólo tienen en cuenta el aspecto del abastecimiento material. En la misma dirección se mueve el intento de influir sobre los problemas socio-políticos, exclusivamente en el sentido de los fines de la pequeña y mediana empresa. Por muy importante que sea mantener un equilibrio de las diferentes formas de explotación, la finalidad de la política social debe ser asegurar el máximo de autónomos existentes, o más aún, el hacer posible nuevas formas de autonomía económica, si no se quiere caer en una ideología anticuada. Desde el punto de vista sociopolítico, el ganar autonomía, en cualquiera de

sus formas es un objetivo preferible al de la mera conservación de las ya existentes. Esto no significa que no deba ser abordada la cuestión de si las disposiciones legales actuales, por ejemplo, las del derecho fiscal o del derecho de sociedades, no ofrecen involuntariamente ventajas a determinadas formas o magnitudes de empresas, desfavoreciendo así las oportunidades de otras.

Una política social que quiera desarrollarse conscientemente más allá de una mera ideología a partir de la situación actual, tiene que partir de la base de las condiciones reales de nuestro entorno económico, y esto significa desarrollar objetivos que también deberán tener en cuenta las grandes organizaciones del sistema económico, apropiadas a las modernas tecnologías. Malgastaríamos nuestras fuerzas, a pesar de nuestra buena voluntad, si emprendiéramos una lucha meramente programática contra la concentración de poder, si no estuviéramos dispuestos a aceptar que los logros innegables de las grandes formas organizativas de nuestra economía han tenido también parte esencial en el aumento de bienestar. No es la gran empresa en sí, sino el hambre incontrollado de poder el que despierta nuestra resistencia ante una concentración macroeconómica mente nociva e indeseada desde el

punto de vista político-social. Por ello, nuestro objetivo es obstaculizar e incluso impedir todo dominio restrictivo-monopolista de los mercados, mediante un perfeccionamiento de la legislación sobre la libre competencia y de la política fiscal. Pero, cuando una acción gubernamental influye en el mercado a través de la reducción de precios y consigue un efecto social benefactor, debería reconocerse su indispensabilidad y su neutralidad socio-política. Por supuesto que también las grandes empresas tienen que asumir responsabilidades socio-políticas, tanto más cuanto que pueden contribuir considerablemente a ampliar el ámbito de los agentes económicos autónomos; como ocurre, por ejemplo, cuando se renuncia a la integración de funciones y actividades que pueden ser desempeñadas por empresas independientes. Ciertamente cuanto más se amplíe el ámbito económico en un orden libre, tanto más importancia alcanzarán las grandes unidades empresariales, pero eso no significa que las medianas y pequeñas empresas deban extinguirse. No olvidemos nunca, especialmente al referirnos al perfeccionamiento futuro de nuestra política social, que no estamos solos en el mundo, que la competencia se agudizará aún más, lo cual implica que tendremos que armonizar mejor nuestros deseos con las posibilidades reales. Ahora bien,

tanto en la vida civil como en la estatal sólo se puede dar lo que se tiene; de manera que si exigiéramos de la economía nacional más de lo que está en condiciones de dar para conservar su capacidad a nivel mundial, estaríamos jugando peligrosamente no sólo con nuestro futuro nacional, sino también con nuestra seguridad social.

Precisamente en los últimos años se ha intentado en repetidas ocasiones conseguir efectos socio-políticos mediante correcciones parciales de disposiciones fiscales, en favor de determinados grupos. Pero a mí me parece que una política social que se agota en detalles técnicos, no puede adecuarse plenamente a la situación psicológica con la que nos enfrentamos. El modelo socio-político que debe desarrollarse tiene que ir mucho más allá de una aplicación racionalizada de medidas particulares, y conducir a una visión de conjunto acerca de los objetivos sociales que las personas de la actual sociedad de masas consideran prioritarios. Para apreciar lo que esto significa basta pensar en la triste situación en el Este de Alemania, donde se esclaviza a agricultores libres y se sustrae a los oficios técnicos independientes la base de su sustento.

Nadie negará que la Economía Social de Mercado, sobre todo en la fase del cambio

político-económico, ha sido un modelo integrador de este tipo. Pero hoy se considera ya como una nueva tarea, el definir las nuevas líneas de una política social futura, que complemente y desarrolle las virtualidades de la Economía Social de Mercado. Como tantas veces he reiterado, el hombre ocupa el centro de la economía. Pero por muy acertada que sea esta afirmación, es preciso dar a este postulado general una concreción precisa. Pues bien, es justamente la infraestructura económica creada por la Economía Social de Mercado, la que contiene los fundamentos para un desarrollo acorde con dicho principio, que además tiene una eficacia probada. Aunque ciertamente la política social y la política económica no deben entenderse como dos caminos paralelos, sino más bien como aspectos de un conjunto complejo pero unitario, se impondrá un cierto traslado de las cargas financieras, de modo que la política social se extenderá a un marco más amplio, que no sólo involucrará los organismos de la Federación, de los Estados Federales y de las corporaciones municipales, sino que también llame a participar a todas las fuerzas privadas, asociaciones, organizaciones y empresas.

Esto no significa que haya que apartarse totalmente, por principio y con violencia, de

los conocimientos adquiridos y buscar “novedades” a cualquier precio. En muchos casos sólo se tratará de reforzar desarrollos ya iniciados integrar lo ya sabido dentro de una evaluación integral y, sobre todo, más allá de las realizaciones concretas, tomar conciencia de que el hombre es el sentido y el fin de todo programa socio-político.

Así, por ejemplo, no se puede negar que el desarrollo económico moderno exige un rendimiento cada vez más cualificado del trabajo en todos los ámbitos: en el campo de la técnica, de la administración, de la educación, de la instrucción empresarial y de la formación en las profesiones liberales. Este proceso de ampliación de la educación, que casi es estructural, nos obliga a invertir cada vez más en capital intelectual, para facilitar la entrada en la vida profesional a quienes la requieran, y posibilitar el acceso a todos los jóvenes que quieren encontrar su puesto en esta sociedad. Lo que cuenta ahora, desde un punto de vista socio-político, junto a los buenos resultados materiales, es sobre todo hacer patente esta política de fomento de la cualificación, respondiendo así a la preocupación que pueda tener el individuo, de no encontrar su camino profesional y humano en esta sociedad de masas.

No menos importancia debe atribuirse al objetivo de conseguir que haya más profesionales independientes.

No es suficiente pensar en una política de pequeña y mediana empresa, que siempre defenderemos. La tarea de fomentar el trabajo autónomo en el más amplio sentido de la palabra no se puede limitar, en una sociedad libre, a determinados grupos; tampoco sirve el principio de querer asegurar las posiciones existentes mediante intervencionismo estatal, que sólo es apto para falsificar o incluso obstaculizar un orden de auténtica competencia. El proceso mediante el cual personas de diferentes profesiones llegan a establecerse por cuenta propia, no puede institucionalizarse, del mismo modo que tampoco nos parece adecuado el intento de garantizar una absoluta igualdad inicial de oportunidades. Teniendo en cuenta las numerosas ayudas que se conceden para mantener los puestos de trabajo ya existentes -limitando, en parte, la competencia-, así como también las pruebas de carácter público que deben superarse para el acceso a la vida profesional -tales como exámenes, oposiciones y cosas similares-, en el futuro deberíamos intentar proporcionar ayudas e incentivos a quienes se empeñen en abrirse paso en alguna actividad indepen-

diente; incentivos que le animen a emprender dicha aventura. Una política adecuada a esto aumentaría la competencia, y no se opone a nuestra forma básica de economía de mercado. Siempre y cuando las oportunidades para esos profesionales independientes se basen realmente en la competencia profesional y en el rendimiento, la autonomía es un valor socio-político que debe conservarse y difundirse. En este contexto debería analizarse si las disposiciones legales vigentes lo favorecen, o quizá lo perjudican involuntariamente.

En general, el problema de las actividades autónomas se extenderá al sector de la pequeña y mediana empresa, así como a las profesiones liberales. Pero creo que es urgente dar a los empleados y trabajadores que formalmente desempeñan un trabajo por cuenta ajena, una capacidad de actuación en las grandes empresas, que les permita participar de cierta autonomía en la sociedad libre. Este proceso debe desarrollarse sobre una amplia base a partir de planteamientos ya existentes, agotando para el futuro todas las posibilidades dentro de las mismas empresas, creando -mediante una subdivisión u organización del trabajo racional para empleados, y también para trabajadores grupos y responsabilidades a

través de los cuales el individuo pueda acceder a un sentido de autonomía, relativa pero creciente. Así se daría la gran oportunidad de crear, en un sentido moderno de la palabra, una nueva y auténtica clase media. El Estado dará impulsos intelectuales y también ayudará subsidiariamente. Lo que hasta ahora, en este campo, se debía a la iniciativa privada, debería integrarse, después de una fase de prueba, en el modelo de nuestra política social. Téngase en cuenta que el pleno empleo crea una base material especialmente favorable para la realización de tales ideas.

De manera que si para reconciliar al individuo con la sociedad hay que dar a la persona individual la posibilidad de encontrar su lugar en la sociedad, mediante una formación adecuada para él, y por medio de las correspondientes posibilidades de actuación; una política de dichas características debe complementarse con el esfuerzo de liberar al hombre de su temor, justificado o injustificado, ante aquellos mecanismos de una economía libre frente a los que se siente más o menos desamparado. Esto implica, sobre todo, el aseguramiento de la estabilidad monetaria, que tiene una importancia cada vez mayor desde el punto de vista socio-político. Al ciudadano que ha conseguido acumular capital gracias a sus

mayores ingresos, hay que quitarle el temor a perder lo ganado. Aun cuando ni siquiera los países con moneda dura pueden sustraerse completamente a la tendencia inflacionaria -pues, aunque pueda ser reducida, siempre se deja notar-, la política económica tiene la obligación de oponerse más enérgicamente, y con mayor decisión a este proceso de debilitamiento. Pero sólo si el pueblo, en todos sus grupos y capas sociales, llega al convencimiento sincero de que el Banco emisor y el Gobierno no están en condiciones de llevar a cabo esta tarea por sí solos, sino que también es importante su comportamiento disciplinado, podemos estar seguros del éxito.

La proporción óptima que debe existir entre las inversiones macroeconómicas y el consumo privado, entre los gastos del Estado (-) -teniendo en cuenta las exportaciones netas- y la actividad ahorradora, es más que una mera ecuación matemática. Lo cual significa que en esta cuestión no puede existir ninguna afirmación absolutamente válida para largos períodos de tiempo, sino sólo una acción conjunta y responsable de todas las fuerzas que soportan el orden social, de acuerdo con las metas que determinan las posibilidades de vida y desarrollo de un pueblo. Hay que decir con toda claridad que una política monetaria y

económica que se limite a reparar los daños causados por unos comportamientos erróneos, será insatisfactoria. La consecuencia de esto no es que el Estado deba ocuparse por sí mismo de dirigir las inversiones o de concertar los salarios, sino que -despertando la conciencia de la sociedad sobre estos asuntos- debe inducir a ésta a comportamientos adecuados. Quien califique como "irresolubles" las tensiones que se producen, lo hace porque parte de una interpretación errónea del concepto de libertad, y porque ha capitulado ante esta cuestión decisiva, de la que dependerá en buena medida nuestro futuro.

Indirectamente nos referimos así también al problema de la coyuntura o del miedo de las personas activas ante la crisis. La circunstancia de que una expansión general de la economía, que viene durando ya doce años, haya ido unida a algunos fenómenos de moderación en algunos sectores, puede considerarse como expresión de un orden libre; en definitiva, de las elecciones libres en el consumo. El empresario libre tiene que estar dispuesto a aceptar dichos procesos de cambio y de adaptación, como algo que forma parte de su función, al igual que el asalariado de cualquier categoría tiene que estar persuadido de que eso no significa estar indefenso ante un proceso



anónimo de mercado. Esto es tanto menos correcto cuanto que dichas transformaciones del mercado van unidas a un aumento de la productividad, y una política económica con las características mencionadas, conscientemente dirigida a la expansión, reforzará y afianzará aún más la situación social y humana de los asalariados. Por lo demás, dichos procesos de cambio serán necesarios, como consecuencia de la división internacional del trabajo que pretendemos, y además serán racionales y tendrán consecuencias benéficas.

Desde este punto de vista, la iniciativa alemana, dirigida a una política coyuntural de carácter supranacional ha despertado el asentimiento general. Así como hemos elevado el orden de competencia, en el sentido de Franz Böhm, a una tarea casi pública, también la política coyuntural debería convertirse en un elemento legítimo de nuestra política social.

Lo que se busca con todo esto es una política social animada por la voluntad de encontrar una conciencia clara de ordenamiento y configuración del entorno, en el que el individuo lleve una vida libre y segura. Esta tarea requiere una mejor apreciación de todos los ámbitos vitales. Mientras en la fase de crecimiento de nuestra economía, la necesidad imperiosa de las cuestiones materiales se

imponía como prioritaria, en el futuro -sin descuidar esos aspectos- se habrá de valorar más la configuración humana del entorno.

Importancia decisiva cobra en esto la vida de los profesionales en las empresas, y hasta tal punto que debemos dedicar nuestros mejores esfuerzos al proceso de remodelación de las relaciones dentro de este concreto ámbito vital-profesional. Hasta ahora se concedía una importancia primordial a las cuestiones legales de la constitución empresarial. Aquí sólo podemos hacer una somera referencia a la creciente importancia que adquieren cuestiones como, por ejemplo, la prevención de accidentes, el servicio sanitario, la aireación, los servicios de limpieza y otras. Estas exigencias corresponden al deseo de una política vital y ambiental como la que propugnaba Alexander Rüstow, una política que va más allá de lo económico, y se dirige a la unidad vital del hombre. Y no podemos considerar garantizada esa unidad del entorno humano sólo mediante la vida en la familia, por mucha importancia que se conceda a ésta. El hombre de nuestro tiempo vive necesariamente en un entorno mucho más amplio, que sería impensable sin su actividad profesional en el puesto de trabajo. La legislación del futuro tendrá que progresar en la idea de que hay que

imponer normas en este sentido humanizador, más severas que las que ha habido en épocas anteriores en las que se veía la empresa como un lugar de procesos mecánicos de producción. Se confirmará así una vez más lo acertado de la Economía Social de Mercado: al igual que en muchos de sus principios, también respecto a la forma interna de la empresa se da una armonía entre los objetivos de producción y las normas socio-políticas.

Estoy cada vez más convencido de que el problema actual del entorno social, debe abordarse en un sentido lo más concreto posible y haciendo referencia a la persona. En el último decenio, en el curso de un desarrollo extraordinario de la industria y de los medios de transporte, hemos desencadenado estas dos líneas de desarrollo guiados únicamente por la lógica de su propio incremento, lo cual ha perjudicado de modo persistente las formas naturales de vida. Pese a los largos esfuerzos científicos y prácticos, la cuestión de la ordenación y la planificación del espacio no ha alcanzado -salvo honrosas excepciones ni siquiera esbozar los contornos de una solución que tenga sentido. Ideales románticos como la desaglomeración de los espacios industriales han contribuido al descrédito de los verdaderos fines del ordenamiento espacial.

Precisamente los científicos que apoyan y se interesan por estos principios consideran que cuanto menos indispensable sea el Estado en la actuación económica activa, tanto más se centrará en su tarea específica de configurar un orden concreto en el entorno. El mejor ejemplo de la verdad de esta opinión lo ofrece precisamente el orden económico de competencia, en cuanto es un marco reglamentado por el Estado justamente para garantizar la actividad y la iniciativa económica de una sociedad de hombres libres. En un interesante análisis sociológico de nuestros centros urbanos se ha declarado recientemente que, si bien las personas que viven en ciudades aprueban las formas de vida de la ciudad, sin embargo, prefieren mantenerse alejados de los centros de las urbes, porque éstos no ofrecen las condiciones para una vida pública ordenada. Así, la emigración a los barrios periféricos y al campo no se debe a que las personas busquen las ventajas de la vida rural y campestre, sino a que, siendo amantes de la ciudad, la población urbana no encuentra en ella la forma de vida a la que aspiran. Y este fenómeno produce un exceso de circulación que es irracional, que crispa los nervios, aumenta las prisas y crea una irritabilidad, que desdice del aumento general de bienestar.

Aquí se plantean tareas que no se deberían dejar al azar. Hay que conseguir distribuir con amplitud los espacios de nuestras ciudades y de nuestros paisajes, de acuerdo con sus funciones básicas. La distribución espacial de las ciudades en centros comerciales y administrativos, en centros de formación y de cultura, en zonas residenciales y líneas de tráfico, no puede dejarse únicamente en manos de las instancias políticas locales, sino que precisa de un esfuerzo común en el que no se podrá prescindir de medios financieros estatales. Por supuesto que, teniendo en cuenta las virtualidades dinámicas de nuestra tecnología actual, no se puede considerar la creación de un orden racional del espacio humano como algo estático, en el sentido de una planificación espacial meramente restauradora o conservadora de viejos modelos distributivos. Pero la planificación urbana debería conceder la misma importancia al movimiento natural del hombre como peatón, que al tráfico de vehículos motorizados; cuestión que me parece de no poca monta para el equilibrio vital de las ciudades.

Quien evalúe correctamente todos los aspectos de una sociedad libre como la que he esbozado, se convencerá de que la política económica del futuro no sólo conservará las

funciones que hoy le competen, sino que tendrá incluso algunas más. Si no me engañan los síntomas, el ímpetu de nuestra producción aumentará aún más, produciendo así una pugna más dura entre las ideas tradicionales y las nuevas sobre una configuración armónica del entorno. El rápido progreso tecnológico de la producción industrial reforzará aún más esta necesidad. También la política social continuará teniendo su función actual, pero adaptándose a esa transformación general, pues con la creciente expansión económica, cada vez son más las personas y las capas sociales que obtienen una base material de vida en la que se les puede exigir que se responsabilicen ellos mismos de su seguridad social. Con tal desarrollo se pueden afrontar los casos de auténtica necesidad con más generosidad y dignidad humana.

La política social moderna del mundo libre, con todo, no puede mirar sólo hacia el interior. Nuestra realidad económica y social se basa considerablemente en la interdependencia mundial de las economías y, como consecuencia de ello, la configuración y la evaluación de nuestra infraestructura nacional interna, debe ser siempre consciente de las consecuencias que en ella tienen las relaciones de comercio exterior. Bajo este punto de vista,

tiene una importancia decisiva la integración europea en todos sus niveles y en todas sus formas. Como se sabe, actualmente estamos buscando soluciones que aseguren un tratamiento uniforme de los países europeos, que no discrimine a nadie, que cuide nuevas amistades sin ir en detrimento de otras. Como ya he señalado anteriormente, se trata de dar a nuestro país esa forma segura de entorno económico necesaria para excluir daños sociales, dentro del marco de unas relaciones con el mundo libre, lo más amplias que sea posible.

La cuestión de la ayuda a los países en desarrollo tiene también una gran trascendencia, pero en este contexto sólo puedo abordarla someramente. En los países y espacios en vías de desarrollo, el problema principal sigue siendo el del abastecimiento. El deseo y la voluntad de ayudar dominan cada vez más la opinión pública mundial. Se trata de desarrollar formas y métodos aptos para elevar la capacidad económica de esos pueblos, de un modo adecuado a sus condiciones. En particular me parece fundamental la coordinación de las aportaciones de los países que prestan ayuda, de modo que no vuelva a producirse una división del mundo en espacios cerrados de interés y de influencia.

Con lo dicho he querido hacer notar que el cometido afrontado por la Economía Social de Mercado de configurar un estilo de sociedad libre, de ninguna manera se agota en lo conseguido hasta ahora. En la medida en que, teniendo en cuenta un ahorro amplio y creciente, las necesidades de producción e inversión de nuestra economía puedan ser cubiertas por él, debería liberarse al Estado de numerosas ayudas a la economía privada que todavía suponen una carga financiera considerable para aquél. En la medida en que se produzca esta descarga, tendría que transformarse y ampliarse tanto cualitativa como cuantitativa mente el sector de los servicios públicos, de acuerdo con el modelo que hemos señalado. Este sector determina decisivamente la forma del entorno en el que vivimos, más allá de nuestro mundo privado y profesional.

Resumiendo, puede decirse que, hoy en día, en nuestro país, las prestaciones de los servicios públicos no han conseguido seguir el ritmo de productividad alcanzado por la economía privada. Naturalmente, no se trata sólo de un aumento cuantitativo de los fondos previstos para servicios públicos, sino que más bien es necesario un aumento cualitativo en el sentido de la reorientación cualitativa aquí expuesta, que imponga -de acuerdo con unos

principios directivos concretamente definidos-nuevas prioridades según nuevos criterios para una estructura social equilibrada.

La tarea que ahora habrá que acometer es la de hacer comprender estos principios directivos a las per-sonas de modo claro y gráfico, de tal manera que no sólo los comprendan con la cabeza, sino que también los perciban con el corazón, y los aprueben interior-mente como fin digno de alcanzar. Llenar el vacío que sentimos es la verdadera tarea de la integración inter-na de nuestra sociedad. Al igual que la Economía Social de Mercado sólo ha sido posible desde una base fundamental de valores y convicciones comunes, así también nuestro presente precisa nuevamente de un realismo idealista, que permita hacer propuestas bien definidas sobre las posibilidades concretas de acción, y que integre a todos los grupos de la sociedad en un querer común.

Todo orden libre tiene que partir de la base de que la libertad es una unidad indivisible; a la libertad política, religiosa, económica e intelectual debe ir unida la libertad humana originaria, en todos los ámbitos de la vida. La estrategia del pensamiento colectivista consiste siempre en dividir este valor fundamental universal, para conseguir así irrumpir en el orden libre. Por ello, asegurarlo exige que hagamos

comprender al pueblo alemán la vida socio-económica en todas sus repercusiones y en sus amplias dimensiones, es decir, como expresión de una voluntad espiritual determinada. Una política económica y social así entendida, prestará una contribución importante a un verdadero orden de paz, pudiendo corresponder así al anhelo de los hombres por una integración armónica en su entorno vital.

### NOTA BIOGRAFICA

Ludwig Erhard (1897-1977) ha pasado a la historia como el ministro de economía alemán del gabinete de Adenauer, que con su sólida concepción del ordenamiento político-económico, puso las bases para la espectacular recuperación de la economía alemana después de la II Guerra Mundial, lo que se denominó "milagro económico alemán". Sin embargo, Erhard rechazaba dicha expresión porque consideraba que la reconstrucción económica de Alemania no era fruto de un milagro, sino del trabajo común y de un ordenamiento político-económico adecuado.

Erhard era licenciado en Ciencias Económicas y en Sociología. En 1925, obtuvo el grado de Doctor en Ciencias Económicas. Durante la II Guerra Mundial, Erhard no par-

ticipó ni en el servicio militar activo, ni en las misiones de producción industrial para la guerra, debido a su incapacidad física. Esto le permitió dedicarse a lo que consideró su tarea: preparar intelectualmente las bases para la reconstrucción de un orden económico de paz. En 1944 ultimó -entre otros- un escrito titulado “Financiación de la guerra y consolidación de la deuda”, que en los círculos de la resistencia frente al nacional-socialismo, fue considerado como una base fundamental para la futura reconstrucción.

Inmediatamente después del final de la guerra, se le confiaron cargos públicos; primero, en octubre de 1945 fue nombrado ministro de economía en el Land de Baviera. En marzo de 1948, fue designado “Director para la administración de la Economía de la región económica unificada”. El 20 de junio de 1948, llevó a cabo una reforma monetaria, a la que unió una amplia reforma económica, que constituyó un paso extraordinariamente valiente y difícil, y que pronto demostró ser un

gran éxito. Erhard ocupó el cargo de ministro de economía en el primer Gabinete Federal bajo la cancillería de Konrad Adenauer desde 1949 hasta 1963. Cuando Adenauer abandonó la política, Erhard le sucedió como candidato de la CDU a la cancillería federal, y ganadas las elecciones, ocupó ese cargo hasta 1966. A lo largo de su carrera política Erhard expuso con frecuencia su concepción de la economía política y sus opiniones acerca de muy variados temas relacionados con sus tareas públicas, a través de numerosos escritos, artículos, discursos y conferencias, de las que hemos seleccionado dos para este cuaderno, que es una breve muestra de un conjunto más amplio de textos suyos, cuya traducción y edición castellana estamos preparando en colaboración con la Ludwig Erhard-Stiftung, y que presentaremos próximamente como libro de la colección “Empresa y Humanismo”.